

ESCENA VIII.

BURLEIGH, PAULET.

BURLEIGH.—Nos desafía, y nos desafiará, sir Paulet hasta al subir al cadalso. Es imposible humillar su orgullo. ¿Le ha sorprendido la sentencia? ¿Ha derramado una sola lágrima? ¿Se ha demudado siquiera su semblante? No apela á nuestra compasión. Bien comprende las dudas de la Reina de Inglaterra, y nuestro miedo le infunde valor proporcionado.

PAULET.—Su vana arrogancia, oh lord gran Tesorero, se desvanecerá pronto, desapareciendo el pretexto que la sostiene. Casi me atrevo á decir que en este proceso se han cometido algunas irregularidades. Se hubiera debido confrontarla con Babington y Tichburn, y sus dos secretarios...

BURLEIGH (Con prontitud.)—¡No! ¡No, caballero Paulet! No era posible correr ese riesgo. Harto temible era su imperio en los ánimos, y el poder de sus lágrimas de mujer. Su secretario Kurl, en su presencia ¿habría de pronunciar la palabra, de que pende la vida de su Reina?... Se retractaría con timidez, y negaría su confesión...

PAULET.—Y así todos los enemigos de Inglaterra llenarán el mundo de odiosos rumores, y la verdad solemne del proceso se ostentará como un crimen osado.

BURLEIGH.—Tal es la pena de nuestra Reina. ¡Ojalá que esa causa de tanto mal hubiese muerto antes de hollar con su planta el suelo británico!

PAULET.—A esto solo digo: Amén.

BURLEIGH.— ¡Que no hubiera muerto en su prisión, de enfermedad natural!

PAULET.—Muchas desdichas hubiese ahorrado á este país.

BURLEIGH.—Y, sin embargo, aunque hubiera fallecido naturalmente, por casualidad... nos hubiesen llamado sus asesinos.

PAULET.—Es muy cierto. Imposible es evitar que los hombres piensen cuanto quieran.

BURLEIGH.—Pero como no se podría probar, sería menor el escándalo...

PAULET.—Y ¿qué importa el escándalo? No es el ruido que se haga, es la justicia en que se funde.

BURLEIGH.—¡Oh! Hasta la justicia misma de Dios no se libra de la censura. La opinión común favorece al desdichado, y la envidia persigue siempre al feliz triunfante. La espada de la ley, que enaltece al hombre, es aborrecible en manos de una mujer. El mundo duda de la justificación de una señora, si la víctima es otra señora. Vanamente nosotros los jueces hemos fallado con arreglo á nuestra conciencia. La Reina tiene el derecho de hacer gracia, y lo ejercerá. No es tolerable que aplique todo el rigor de las leyes.

PAULET.—Entonces...

BURLEIGH. (Interrumpiéndolo con prontitud.) — ¡Que vivirá? ¡No! ¡No vivirá! ¡De ningún modo! Esto, esto es precisamente lo que aflige á nuestra Reina... lo que impide su sueño... Leo en sus ojos la lucha de su alma, aunque nada digan sus labios; pero sus significativas y mudas miradas preguntan: ¿no hay ninguno de mis servidores que me libre de esa cruel alternativa, de temblar perpetuamente en mi trono, ó de entregar de un modo horrible, al hacha del verdugo, á una Reina unida á mí por los lazos de la sangre?

PAULET.—Es una necesidad, que no se puede alterar en lo más mínimo.

BURLEIGH.—La Reina cree, sin embargo, lo contrario, si tuviera tan sólo servidores celosos.

PAULET.—¿Celosos?

BURLEIGH.—Que comprendieran una orden tácita.

PAULET.—¿Una orden tácita?

BURLEIGH.—Que cuando se les confia para su guarda una serpiente venenosa, no cuidasen al enemigo, que se les entrega, como una joya sagrada y preciosa.

PAULET. (Pensativo.)—Alhaja de valor es la buena fama, la immaculada reputación de la Reina, que, en verdad, nunca se guarda lo bastante, caballero.

BURLEIGH.—Cuando se privó de la custodia de la Reina á Shrewsbury, para encargarla á sir Paulet, se hizo con el propósito...

PAULET.—Con el propósito, según juzgo, caballero, de depositar en las manos más puras el objeto más delicado. ¡Por Dios Santo! No hubiera yo aceptado tan espinoso cargo de carcelero, si no pensara que sólo el hombre más honrado de Inglaterra podía desempeñarlo. Permitidme que me lisonjee la idea de que lo debo sólo á mi renombre honroso.

BURLEIGH.—Se difunde el rumor de que se debilita y enferma más cada día, hasta que, al fin, sucumbe; así muere ella en la memoria de los hombres... y vuestra fama nada padece.

PAULET.—No mi conciencia.

BURLEIGH.—Pero ya que no pongáis vuestra mano en esta empresa, no os opondréis á que otra mano extraña...

PAULET. (Interrumpiéndolo.)—Ningún asesino llegará á estos umbrales, mientras Dios proteja sus hogares. Su vida es sagrada para mí, tanto como la de la misma Reina de Inglaterra. Vosotros sois los jueces. ¡Fallad! Pronunciad la sentencia de muerte. Y cuando sea tiempo, que venga el

carpintero con su hacha y sus sierras, y levante el cadalso... Para el Sheriff y para el verdugo estarán abiertas las puertas de mi castillo; pero ahora se halla confiada á mi custodia, y estad seguro de que la guardaré, y de tal suerte, que ni podrá ofender ni ser ofendida. (Vanse.)